

PRESENTACIÓN

Realizar una reflexión sobre las aportaciones y las líneas de investigación de un pasado complejo y poco comprendido ha sido el motivo que nos llevó en 1990 a Clara E. Lida, entonces directora de *Historia Mexicana*, y a mí a invitar a especialistas nacionales y extranjeros en una ocasión, por lo demás idónea, pensar sobre nuestro propio quehacer y compromiso. Sin duda, la comprensión de la “sustancialidad histórica” hispanoamericana, dependerá de la capacidad que tengamos para asimilar nuestro pasado. No es posible negarlo ni olvidarlo. Necesitamos una vez más adentrarnos en su difícil proceso y en la complejidad estructural que encierra, producto de una heterogénea formación social que conocerá, a lo largo de cinco siglos y en periodos concretos, la incorporación de grupos del más distinto origen, de diversos comportamientos y concepciones, así como de formas de adaptación al mundo americano más allá de los núcleos fundamentales de pobladores, de la dicotomía español-indio y de 1492-1992. No debemos olvidar que se trata de un proceso largo y heterogéneo, pues esto significaría hacer a un lado la posibilidad de concebir un proyecto común. El fracaso de América latina será inevitable si negamos su proceso *real*, pues es evidente que los intentos de adaptar modelos extraños han encontrado en la historia su respuesta más contundente. Si retomamos el pensamiento de fines del siglo XIX del que habla Halperin, aún resulta vigente y necesario pro-

poner, como lo había hecho Martí, “una revolución cultural destinada a hacer posible la reconciliación de Hispanoamérica consigo misma”.

La historiografía reciente puede ayudarnos a entender las manifestaciones originales del cambio y la comprensión de las estructuras internas y del amplio proceso de integración mundial que se inicia precisamente en los siglos XV y XVI. Los sectores fundamentales del desarrollo social han sido tomados en cuenta en esta revisión que pretende ser más analítica y problematizadora que bibliográfica. John Tutino, por ejemplo, en su ensayo “Historias del México agrario”, aborda las formas básicas de constitución que caracterizaron al mundo mesoamericano y la manera en que se vieron afectadas a raíz de la conquista española. Más allá de las élites hispanizadas, Tutino muestra de manera clara las transformaciones de la sociedad rural en las diversas regiones del país. Parece evidente que el desafío principal de historiadores y “antropohistoriadores” será analizar las complejas influencias, resultado de la producción y estudiar su conexión con las relaciones de poder y las percepciones culturales. El análisis, que definirá el “lugar de poderosos y pobres”, dará vida también a una visión histórica más amplia.

Los problemas anteriores, vistos en un marco analítico más complejo, examinados a través de las estructuras fundamentales, parecen una gama de problemas en el mundo colonial, que en términos de la explicación de la última parte del periodo, muestran la fragilidad en que se basa la historiografía económica colonial mexicana. La desigualdad social, la caída de los niveles de vida, la baja de salarios, el aislamiento regional y la crisis fiscal del Estado colonial son puntos fundamentales que se discuten en “Estructura económica y crecimiento”. Son evidentes los avances, pero destacan más las carencias y los vacíos que bien pueden extenderse a todo el periodo colonial.

Sin duda, las investigaciones en torno a la fiscalidad mexicana e hispanoamericana registran un avance considerable. Herbert S. Klein realiza una recapitulación completa de este avance en su ensayo “Historia fiscal colonial: resultados y perspectivas”, tanto por su esfuerzo en cuantificar ex-

tenso materiales, como por el campo prácticamente inédito de la historiografía fiscal colonial que domina. La importancia de este ensayo es indudable, pues como el propio Klein lo expone, la historia de los impuestos es la clave para entender no sólo la naturaleza del gobierno que los aplica, su eficiencia relativa o su popularidad, sino particularmente la economía que está gravando. Sin duda, disponer de la edición de los registros sumarios de las declaraciones anuales ha sido un paso importante para la comprensión de la historia fiscal colonial hispanoamericana, en pos de un modelo sistemático de las cuentas agregadas y del examen detenido de los libros manuales. Tal parece también que un análisis de las cuentas diarias y mensuales de los ramos permitiría obtener resultados novedosos para los historiadores del siglo XIX. Resta aún por dilucidar si realmente las cuentas fiscales son capaces de revelar la marcha de "la economía verdadera".

Por otra parte, la explicación sobre el funcionamiento y la marcha de la economía hispanoamericana se ha visto enriquecida en los últimos años con nuevas aportaciones al debate. Guillermo Mira Delli-Zotti e Ignacio González Casanovas, en "Reflexiones y sugerencias a propósito de la minería colonial andina y novohispana" ponen de manifiesto la necesidad persistente de penetrar en los acontecimientos producidos por el ciclo productivo minero y su articulación con el sistema colonial. En este campo, hasta ahora el modelo más sugerente ha sido el de Assadourian, particularmente en lo que podríamos llamar el eje economía campesina-ciclo de circulación del capital minero. En este sentido, el reto sigue siendo el estudio de una pluralidad de situaciones y respuestas "concretas" frente a la penetración mercantil. En su contrapartida novohispana, esta situación no ha sido analizada de manera sistemática, a excepción de los excelentes trabajos de Brading y Bakewell. Por otra parte, los autores de este ensayo señalan también, como un tema clave de investigación, las diferentes articulaciones de la fuerza de trabajo en el complejo minero en ambos espacios, en el sentido de que en la minería novohispana existía un fuerte predominio del trabajo libre, mientras que en la andina, la coacción y el trabajo forzado parecen haber sido

muy comunes. Esta libertad y esta coacción así como sus actuales consecuencias, son cuestionables. Muchos aspectos de la minería colonial ofrecen temas interesantes para llevar a cabo futuras investigaciones, pero además, es fundamental hoy en día establecer comparaciones sistemáticas entre “las condiciones estructurales de las principales áreas productoras de metales”. Sin duda, sólo los trabajos sistemáticos y serios tendrán la posibilidad de ofrecer propuestas válidas y originales.

Pero más allá del mundo de la economía, la formación de hispanoamérica implicó la creación y elaboración de una determinada visión del mundo, o la creación del “contenido impersonal del pensamiento”, un conjunto de comportamientos colectivos que se ubican más allá de lo consciente y lo individual. Solange Alberro delimita con rasgos seguros lo que conocemos como historia de las mentalidades. Muestra cómo las tendencias actuales se orientan a campos distintos y variados, desde el estudio de la muerte, la vida cotidiana y la fiesta, hasta las modalidades recientes que han decidido penetrar en los campos de los conjuntos simbólicos y los sistemas de representaciones, en los que sin duda la historiografía contemporánea descubrirá complejas y múltiples expresiones.

Sin embargo, la formación del mundo hispanoamericano no sólo estuvo regida por la constante articulación de comportamientos colectivos o institucionales, sino por la permanente adecuación de las formas materiales y mentales del mundo social con las actitudes individuales. De esta forma, Pilar Gonzalbo Aizpuru pone de manifiesto los rasgos principales de un campo nuevo de la historia social, que poco a poco define y limita su espacio de estudio: la “historia de la vida privada en la Nueva España”. Sin duda, temas como la sexualidad o el matrimonio, la moral coyugal, la enfermedad, la muerte, la fiesta, etc., tienen un sitio asegurado en la historiografía del futuro.

En este contexto particular, el estudio de la mujer y de la familia latinoamericana ha experimentado, según Silvia Marina Arrom, un “auge extraordinario”. Sin embargo, tal parece que este impulso en Latinoamérica no corre igual

suerte que en Estados Unidos, pues mientras la historia de la familia se encuentra establecida, la de la mujer se ha quedado rezagada. Nuevas rutas en el análisis del género y la familia se encuentran en su ensayo "Historia de la mujer y de la familia latinoamericana". La tarea fundamental, a pesar de los notables avances, sería lograr una visión que comprendiera tanto a la mujer como a la familia; trazar los cambios a lo largo del tiempo; anotar las diferencias y variaciones regionales y dilucidar "como clase y raza moldearon los patrones familiares".

Pero sin lugar a dudas, los comportamientos colectivos, la vida privada o el género no tendrán sentido si se consideran por separado, aislándolos de su fundamento y de su contexto esencial: la sociedad, los grupos, las estructuras, los destinos colectivos, es decir, el movimiento de conjunto, para adecuar la expresión de Braudel a la historia social con la que Magnus Mörner inicia su estudio de la "Historia social hispanoamericana de los siglos XVIII y XIX". Se desprenden de este estudio avances y nuevos problemas: la historia demográfica y de la familia; el problema de la "etnicidad, las clases y la estratificación social", la incorporación del ámbito de lo rural y lo urbano; el análisis detallado de la protesta y los conflictos sociales, así como el impulso que muestran los estudios asignados a la colectividad y al individuo, al hombre y a la mujer. El avance observado desde la década de 1940 es, para Mörner, "suficiente" y "bastante normal", "si los trabajos son más útiles en lo empírico que en lo teórico". La tarea del futuro será, sin duda, llegar a lo que William B. Taylor llama la "new kind of history", tan cara a Lucien Febvre: el estudio del cambio social a través de la larga duración.

En esta línea parece ubicarse el ensayo de Florencia Mallon, "Entre la utopía y la marginalidad: comunidades indígenas y culturas políticas en México y los Andes, 1780-1990". La caída de Tenochtitlan será el inicio de un complejo proceso de mestizaje, centro del proyecto de reorganización política del Estado mexicano, con un ritmo distinto al de Bolivia o Perú. De hecho, según Mallon, el mestizo ocupa un "lugar privilegiado en la mitología nacional

mexicana". El escaso porcentaje de 7.8% de la población catalogada como indígena en 1970 se encontraba en la periferia del país en términos geográficos y políticos. Digno de atención y contundente resulta el juicio de Friedlander en este sentido; en 1975, escribió sobre Morelos que la "categoría 'indígena' no tenía ningún contenido cultural y servía sólo como instrumento de opresión de clase". El caso peruano, en cambio, no ha logrado llegar a un "mestizaje unificador". El mestizaje, en vez de unir, divide y separa, "pues el 'misti' serrano es una figura de dominación, el que media entre la ciudad y la comunidad indígena, el que acepta privilegios de los blancos a cambio de dominar a los indios". En Bolivia, sin embargo, "lo mestizo" está construido como una "promesa de unidad e integración", que aunque no sea cierta, parte de lo indígena de manera más positiva.

Mallon no olvida que las mismas categorías de indio y mestizo "son creaciones de la conquista". Pone énfasis en las diferencias y señala las similitudes de los casos que analiza para esbozar las alternativas culturales, ideológicas y de organización propuestas por los movimientos indígenas contemporáneos. Pero las diferencias muestran ser determinantes en la construcción de sus "utopías": mientras en México, con pocas excepciones, las culturas e ideologías indígenas han sido siempre marginales en el siglo XX, en Perú y Bolivia han constituido la parte vertebral del proyecto nacional popular.

Abre la discusión del segundo volumen de estos números dedicados a México e Hispanoamérica en la circunstancia de 1992, Jaime E. Rodríguez con "La Independencia de la América española: una reinterpretación". Muestra que la propia historiografía de la independencia mexicana e hispanoamericana, en general, no ha logrado explicar perfectamente este acontecimiento. Pone de manifiesto los obstáculos persistentes para una explicación acertada de este periodo: por una parte, existe un acusado énfasis en la investigación acerca de los héroes y, por otra, una tendencia dominante que considera a los dominios hispánicos como de naturaleza similar a las colonias europeas del siglo XIX. En este orden, tampoco ha existido claridad en la comprensión

del sistema social. Jaime Rodríguez propone que una perspectiva socioeconómica sería más adecuada que la tradicionalmente caracterizada por un sistema de castas. Finalmente, otro obstáculo de la historiografía que aborda el problema de la independencia hispanoamericana es pensar que ésta era inevitable.

La investigación del futuro deberá prestar atención también al proceso global ocurrido en el Atlántico Norte desde la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del XIX, así como a la naturaleza variada y distinta de las colonias, pues las tensiones y conflictos fueron constantes durante casi trescientos años, hasta que la invasión francesa de 1808 desata una serie de acontecimientos que terminarían en la independencia. En este agitado contexto, Rodríguez señala el destacado papel que desempeñaron las cortes de Cádiz entre 1810 y 1813, así como el innovador primer proceso electoral popular que se llevó a cabo en medio de la insurrección, por lo general analizado sin el debido detenimiento y cuidado por los historiadores. También incluye en su análisis las diferencias regionales entre las luchas independentistas y los resultados diversos en la conformación del nuevo sistema político. Así, resulta interesante su manera de destacar el peso del militarismo y las oligarquías sudamericanas frente a una participación política ciudadana más activa en el caso de México. La conclusión del ensayo es un reto a la investigación futura en relación con la perspectiva histórica comparada que Rodríguez plantea: la similitud de los procesos revolucionarios de Francia y México, posiblemente aplicable al conjunto hispanoamericano.

Después de la independencia, los esfuerzos por explicar la etapa formativa de los nuevos países hispanoamericanos tienen también fuertes limitaciones. Particularmente en el caso del Estado mexicano, esa "etapa marginada de la historiografía", como la define Josefina Zoraida Vázquez, si bien se ha realizado un mayor esfuerzo en los últimos años, el "diagnóstico no puede ser sino pesimista", según su autora. De esta forma, "Un viejo tema: el Federalismo y el Centralismo", muestra que los anteriores enfoques sobre este periodo continúan responsabilizando a esta primera parte

del siglo XIX del caos político. Sin embargo, Josefina Zoraida Vázquez afirma que la práctica de la dictadura y la revolución fue excepcional en el caso mexicano durante el siglo XIX y que, si bien es evidente la inestabilidad del país, ésta también existía en Hispanoamérica y en Europa. En todo caso, éste es uno de los puntos que deben revisarse, mientras hay otros que deben investigarse más, como el papel que desempeñó y la influencia que ejerció en este asunto el pensamiento gaditano y los problemas que se presentaron para la adopción del sistema federalista. No existe tampoco una explicación clara de la independencia texana, y se ha eludido el análisis de una realidad política no visible, inmersa en agresiones extranjeras. Y como si esto fuera poco, Josefina Zoraida Vázquez hace evidente que el propio "Federalismo no ha merecido un estudio a fondo y menos de su funcionamiento", con lo cual las posibilidades de explicar alguna vez este periodo se reducen aún más. Sin embargo, es probable que estas carencias en la explicación sean normales, pero es necesario introducir un cambio en las temáticas y en los enfoques, poner mayor énfasis en los actores colectivos y en el análisis de problemas "más estructurales", como la permanencia y la continuidad territorial frente a los regionalismos; la crisis fiscal central frente a la situación económica de los estados y de los grupos propietarios; los problemas electorales; las comunidades, etc. De todas formas, estos vacíos no parecen ser exclusivos de este periodo ni de la historia política.

Lo anterior parece una verdad indiscutible, pero no sólo sobre la historia política, sino sobre el conjunto de la historia y la economía. El planteamiento y debate tendrá que enfrentar también la discusión sobre "El crecimiento de las economías latinoamericanas" que Roberto Cortés Conde centra en 1880 y 1930 en los casos de Chile, Brasil, México y Argentina. Este crecimiento es un rasgo común que comparten estos países, dada su producción de materias primas, la alta relación entre tierra-población y la consecuente existencia de mercados "reducidos" o inexistentes así como la incorporación de factores como trabajo y capital producidos desde fuera de estos espacios y la transferencia masiva de factores productivos. Sin embargo, al parecer, el uso de esos

recursos provocó distintos efectos en el desarrollo posterior de esos países y en su manera de percibirlo, efectos que no se pusieron en evidencia si no hasta después de la primera guerra mundial, cuando aparecen los cuestionamientos de este proceso. Las críticas del marxismo, pero particularmente las obras posteriores a la segunda guerra mundial y el célebre informe de la CEPAL de 1949 definirán el panorama de la discusión económica de las décadas posteriores. Sin embargo, estos enfoques, aunque distintos, “coincidieron en atribuir a la división internacional del trabajo las debilidades y fracasos del desarrollo latinoamericano”. La crítica a esta visión está vinculada con un pensamiento posterior, que afirma que el desarrollo y evolución de las economías de exportación no tuvo que ver con el hecho de que se tratase de una actividad primaria sino con condiciones técnicas de la producción, la proporción en el uso de los factores de producción y, como una consecuencia directa, la “proporción en que se realizarán los pagos (y se distribuirá el ingreso) a cada uno de los factores”. Una perspectiva diferente ha sido utilizada tomando conceptos sobre eslabonamientos anteriores y posteriores para medir cómo las exportaciones no sólo se limitaron a la demanda de productos primarios sino que generaron la aparición de otras industrias.

Stephen H. Haber, por su parte, constata que si bien existen más preguntas que respuestas y muchas lagunas en el tema de la industrialización de fines del siglo XIX y principios del XX, los últimos trabajos muestran un acercamiento entre economistas e historiadores, y la revisión de nuestro conocimiento sobre la economía de la Revolución. Por otro lado, los problemas vinculados con la acumulación y la movilización del capital están en la mira de los nuevos análisis, así como problemas importantes vinculados con aspectos cuantitativos complejos, tales como la utilidad y la productividad. Una tarea del futuro parece ser el estudio de la empresa y del capital en el siglo XIX con un mayor énfasis regional; la historia de la fábrica no mecanizada y, por supuesto, la de los trabajadores industriales.

Sin embargo, “Una historia política de la religión en el México contemporáneo” de Jean Meyer muestra que, a pe-

sar de todo, el “hombre no vive sólo de pan, ni de la palabra de Dios. En primera instancia vive de sociedad”. Meyer reflexiona a lo largo de su artículo en torno a “las iglesias” y la católica en particular, y habla de su “cara política, de la que no puede renegar”. Se trata de una lúcida reflexión sobre la religión y la política, sobre cristianismo y política, y sobre cómo los procesos mundiales repercutieron de manera determinante en la estructura, concepción y posterior funcionamiento de la iglesia católica. Tal parece que la revolución francesa marca una línea definitiva en la relación entre los “dos reinos”. La respuesta de la Iglesia fue “rechazar el presente y el pasado inmediato para refugiarse en un pasado lejano y mítico”. Pero éste no fue un proceso simple. De hecho, el “anticlericalismo militante” abonará el terreno para el surgimiento del “integralismo” católico y de un “catolicismo intransigente”, con lo cual la separación Iglesia-Estado llegaría a adquirir rasgos de violencia. Así, por una parte, “el Estado abandonó a Roma una Iglesia que renunció a controlar desde dentro y abrió el campo a iglesias rivales” y por otra, definió la secularización, que no es más que una “división y especialización del trabajo: la religión se vuelve más religiosa, más confesional, mientras que la sociedad se racionaliza”. En fin, son muchos y de diverso alcance los puntos abordados por Meyer, quien concluye que la secularización no debe ser vista como pérdida de la religión, y que tampoco hay que asumir la contraofensiva religiosa, sino tratar de comprender “la capacidad de la religión para redefinirse ayudando a la modernidad”.

Pero más allá de los problemas que asume la explicación, el asunto es que éstos se revelan también en el uso de las fuentes. El historiador, en su amplia y compleja gama de posibilidades de estudio, cuenta también con una extensa cantidad de fuentes para sustentar sus problemas, hipótesis y teorías. Entre éstas, es fundamental el uso de la prensa periódica para la investigación, aunque tiene una “consulta, uso e interpretación difíciles”, como lo señala Jacqueline Covo en “La prensa en la historiografía mexicana: problemas y perspectivas”. Esta dificultad determina la cautela del historiador frente a su objeto de estudio, pues en su inicio

la prensa periódica no era esencialmente informativa, a pesar de la difusión de “sucesos curiosos” y noticias comerciales, económicas, festividades religiosas y civiles, etc., que el investigador contemporáneo ha sabido aprovechar. De hecho, pesaba en su alcance la precaria existencia de medios de transmisión y la dependencia que tenía de las fuentes oficiales, que sólo con el tiempo y los inventos posteriores se fue disipando. La manipulación y la interpretación personal y subjetiva marcan muchos de los límites de la prensa periódica. De todas formas, antes de la sistematización y de la crítica, una de las tareas importantes del historiador es la ubicación de los materiales, así como su recopilación, su concentración, y la posibilidad de completar las colecciones. De esta manera, por medio de su análisis, será posible sustituir la perspectiva centralista y unívoca por enfoques regionales y minoritarios que faciliten el conocimiento a fondo de los fenómenos estudiados. Estos enfoques, sin embargo, no podrán lograrse si, más allá de la investigación individual, no se cuenta con equipos “pluridisciplinarios” que permitan aprovechar de manera plena la hemerografía del país y, por supuesto, acercarnos de manera más eficaz a la explicación histórica del siglo XIX y de México en particular.

Sin embargo, el mundo hispanoamericano es más ancho y más complejo. Más allá de las realidades regionales y nacionales, construir nuestra identidad parece un reto difícil pero no imposible de realizar. Cómo entender nuestra historia tomando como eje vertebrador la reflexión de “aquellos hispanoamericanos que no se resignaban a vivir pasivamente la extraña historia que les estaba tocando en suerte” después de la independencia, es el objetivo del apasionante ensayo de Tulio Halperin-Donghi, “Hispanoamérica en el espejo. (Reflexiones hispanoamericanas sobre Hispanoamérica, de Simón Bolívar a Hernando de Soto.)” Según Halperin, Bolívar en sus años iniciales se identifica y habla en nombre de una “especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles”. Su discusión parece ser un destino inevitable para el nuevo continente; pero después de la Carta de Jamaica su constatación sobre los

“orígenes del mal”, enfrenta la necesidad de diseñar un futuro común para Hispanoamérica, porque más allá de la “herencia siniestra”, la “conquista ha reunido a unos y otros en un solo linaje”. Más tarde, el peso negativo del pasado se matiza y se atenúa hacia una reflexión que le sirve a sus propósitos.

La nación y su atropellada e incierta construcción serán, a lo largo de décadas, el escenario de las exploraciones y discusiones hispanoamericanas. Existe una gama de propuestas y alternativas para la construcción de las naciones y del conjunto hispanoamericano que podría resumirse, en el caso del siglo XIX, con la percepción universal que existía entonces; “Si Hispanoamérica podía no haber encontrado en el mundo el lugar que buscaba, se había, por lo menos, asegurado un lugar en él”.

En vísperas de la primera guerra mundial, “la crisis de la civilización” parecía evidente e inevitable y se complicaba con el surgimiento de nuevas ideologías y la presencia de nuevos actores sociales. El socialismo parecía entonces una alternativa. La tarea del momento, como lo propuso Mariátegui, era “abolir el lazo del imperialismo, que relegaba a Perú e Hispanoamérica a la explotada periferia”. Se debía borrar “la centralidad europea”. La Revolución, que para el pensador peruano era una esperanza, para Vasconcelos era una realidad, aunque inconclusa, que sugería ya una reivindicación de lo que Halperín llama la “sustancialidad histórica de Hispanoamérica”.

Parece claro, por otro lado, que esta “sustancialidad” no sólo es un problema. Para Halperín es “una realidad cuya infinita riqueza no podría ser reducida a un cuadro de síntomas en busca de diagnóstico y curación”. Tal vez por ello la pregunta central debería girar en torno a un cambio de enfoque que Samuel Ramos define perfectamente para el caso de México: no se trata de saber qué hacer con México, sino “cómo son los mexicanos”. Este cambio implica una reconciliación con Hispanoamérica “tal como es”. No se trata ya de juzgarla en comparación con realidades extrañas en busca de un modelo. La crisis de 1929 acentuaría la necesidad de redefinir su destino. “Hispanoamérica parecía ha-

ber perdido definitivamente el rumbo, pero ello era así porque el mundo había comenzado a perderlo”.

Era necesario buscar nuevas formas de sobrevivencia ante la quiebra del sistema económico mundial que de todas formas excluirá y enviará a Hispanoamérica a la periferia. Ésta no ha logrado ser un agente modificador del mundo. Es incapaz de transformarlo. Y Halperin argumenta: “el único camino que le queda abierto para hacer menos insoportable su situación es, una vez más, tratar de transformarse a sí misma”. Tal vez el problema haya consistido en que pensamos que la salvación se encontraba en modelos extraños. Sin embargo, ahora, como hace 150 años, “la tentación de negar todo el pasado es de nuevo muy fuerte”, pero al igual que antes, “expresa la desazón frente al futuro”. Esta desazón sólo nos está indicando la “provisionalidad” de nuestra realidad, fruto de una “coyuntura necesariamente cambiante”.

Como una muestra que refleja de manera diáfana nuestra provisionalidad y cambio hemos asistido y presenciado tormentas políticas que marcaron las décadas de los años sesenta y setenta, la pérdida del optimismo, su replanteamiento o, de todas formas, el quiebre de una propuesta más allá del sistema capitalista, en unos países más que en otros. Ésta parece ser la brutal evidencia de un “inescapable destino periférico”, particularmente enraizado en un “subcontinente encerrado” en su destino. Este fenómeno, que Halperin define de manera certera, Enrique Tandeter lo traslada al plano de la realidad en su agudo análisis “El periodo colonial en la historiografía argentina reciente”, cuyos avances y desafíos no pueden eludir, en diversas coyunturas y ciclos, la tragedia de lo que el propio autor señala como “creación, frustración, represión, exilio, retorno y nueva creación”. Pero si antes fue la inestabilidad política la causa de este proceso, ahora lo es la crisis económica, que no sólo es visible en el deterioro de las instituciones de investigación sino en una nueva fase de exilio que amenaza repetir el trágico ciclo. Estas duras condiciones han repercutido de manera directa en la conformación de un pensamiento histórico amplio y creador.

El recorrido anterior revela una permanente lucha por adecuar y conciliar intereses distintos y una clara definición de funciones entre los componentes sociales fundamentales que constituyen el origen de nuestra realidad. El Quinto Centenario ha sido motivo de todo tipo de análisis, interpretaciones, discursos, epítetos y declaraciones muchas veces anacrónicos y con poco sentido histórico. El “descubrimiento” como expresión de reconocimiento, así como la consecuente conquista histórica, son innegables. Constituyen la expresión clara del proceso de avanzada de Occidente. El hecho en sí mismo se ha querido borrar, minimizar. En esta ocasión no se trata de celebrarlo, sino simplemente de hacer memoria, ya que reconocer únicamente la resistencia o el hispanismo significa negar las posibilidades de construir un futuro distinto y posiblemente mejor.

Finalmente, debemos lamentar que por problemas de tiempo no hubiesen podido colaborar en esta ocasión buena parte de la treintena de los investigadores de México y otras latitudes que inicialmente habíamos invitado. De todas formas, expresamos nuestro reconocimiento a quienes tuvieron la paciencia y entusiasmo para detenerse a pensar un momento en este largo caminar.

Manuel MIÑO GRIJALVA